

A modo de introducción...

Con la suspensión de los cursos presenciales, en el pasado mes de marzo, se inició un período en el que las concepciones en torno a la enseñanza se vieron desafiadas. La brusca interrupción de la educación formal en su formato tradicional, institución clave para el funcionamiento cotidiano de nuestra sociedad, comenzó a plantear, a partir de ese momento, una sucesión de desafíos.

Las clases presenciales debieron suspenderse como estrategia para afrontar la situación de emergencia sanitaria, pero el sistema siguió funcionando. Y a partir de ese freno de emergencia, al decir de varios pedagogos, se produjo una desaceleración de los procesos educativos como difícilmente pueda registrarse en el correr de varias generaciones. Junto con ello, las instituciones educativas y los docentes iniciaron inmediatamente la búsqueda de nuevas estrategias para sostener el vínculo pedagógico con sus estudiantes, con los que apenas habían tenido, en el mejor de los casos, algún contacto. Así los liceos, como espacios de encuentro, comenzaron a re - estructurarse a partir de distintos soportes alternativos. Se establecieron contactos vía mail y a través de aplicaciones diversas, como Zoom y WhatsApp. Se utilizaron diferentes plataformas educativas y también Facebook e Instagram institucionales. Se enviaron tareas en formato papel a lugares cercanos y remotos. Se buscó generar un encuentro también con las familias para involucrarlas en este monumental esfuerzo. Y fue precisamente esta tenaz combinación de soportes, esta apertura a la convicción de no aferrarse a uno solo para sostener la idea de lo común en diálogo con lo particular, de probar una y otra vez en función del contexto, lo que generó la mayor cantidad de posibilidades para primero construir y luego sostener el vínculo con los estudiantes.

Todos los involucrados en este esfuerzo debimos aprender sobre la marcha. Al principio se inundó a los estudiantes con tareas, muchas veces muy extensas y en ocasiones con expectativas muy altas en relación a las circunstancias que estaban viviendo. Estas actividades no siempre contaron con el acompañamiento necesario para que pudieran ser realizadas. En ese momento la urgencia, para algunos, estaba en el compromiso formal de recorrer el glosario temático que proponen los programas oficiales, a partir de los propósitos y de un curso que se habían pensado de antemano, antes que la pandemia empezara a arrebatarlos las posibilidades de encuentro con los estudiantes.

Pero entonces comenzó el intercambio que nos dio la oportunidad de recordar que una clase no es solamente repartir tareas y corregirlas. En el aula pasan muchas otras cosas, como afirma Dussel (2020), y la pregunta que se nos planteó entonces fue si seguir enseñando el currículum o adaptarlo a lo que estaba sucediendo. Al trabajo docente se agregó entonces el desafío de abrir los saberes a partir de la realidad y generar las condiciones para que los estudiantes pudieran apropiarse de conocimientos interactuando con los profesores y con sus propuestas.

Así los docentes comenzaron a recorrer diferentes caminos de aprendizaje y de acercamiento al uso de nuevas tecnologías que hasta entonces se habían manejado esporádicamente. Pero también significó poner en práctica otras formas posibles de enseñar Historia, muchas veces relegadas por priorizar los contenidos temáticos de los programas oficiales.

En este esfuerzo por buscar respuestas, la Inspección de Historia generó otras vías de comunicación con los colectivos docentes y con los equipos de gestión; otros espacios de encuentro

virtuales y sugirió líneas de acción para invitar a un abordaje de los programas de Historia en clave de habilidades y por tramos, en el convencimiento de que era una estrategia válida para lograr aprendizajes significativos en el contexto en que nos encontrábamos. La priorización y selección curricular que sería inevitable en función de los espacios presenciales temporalmente perdidos, podría habilitar una oportunidad más para trabajar en función de la formación del estudiante como aprendiz de Historia. La propuesta redobló los tradicionales objetivos propuestos por esta Inspección de contribuir a formar pensamiento crítico, educar la mirada y fomentar la integración con distintos contenidos disciplinares. Así se podría tener la oportunidad de brindar aprendizajes de calidad, en lugar de que la falta de tiempo simplemente arrebatare aquel curso planificado de antemano. Se enfatizó en la necesidad de realizar una selección de contenidos en función de propósitos claramente definidos.

Fue en ese marco que surgió esta invitación al colectivo docente para socializar experiencias pensadas entre marzo y junio, o sea para el período de suspensión de la presencialidad. A esa altura los profesores y la Inspección ya habíamos asumido muchas cosas y aprendido otras.

- Ninguno de los actores involucrados estábamos preparados de antemano para enfrentar esta contingencia.
- Los estudiantes, preconcebidos como nativos digitales, manejaban fluidamente la tecnología para interactuar en las redes sociales, pero operar la información les resultaba poco familiar o poco amigable.
- Los docentes no fuimos formados para ejercer la docencia en forma remota y debíamos ensayar estrategias de trabajo para encontrar el equilibrio que mantuviera a los estudiantes comprometidos con nuestras propuestas sin desmotivarlos.

La vinculación virtual demandó dispositivos, conectividad, recursos económicos, espacios y ambientes adecuados, en definitiva condiciones a las que muchos estudiantes y profesores no tenían acceso. E incluso en aquellas circunstancias en las que estos elementos estaban al alcance, no garantizaron el aprendizaje. El estudiante, en solitario, en un ambiente familiar devenido en aula, recibía tareas y se esperaba que las resolviera, faltando lo motivacional, factor desafiante en la planificación y en la práctica del aula. Realizar tareas a distancia demanda, además, un aprestamiento que no se había realizado.

La educación en Uruguay se construyó siempre en el aula presencial, espacio natural de interacción de los estudiantes entre sí y con los docentes. Esa interrelación es la que consolida su formación. En nuestro sistema educativo la presencialidad es esencial, por tradición y por convicción. La educación no es sólo transmisión de conocimientos, es habilitar espacios de socialización, de relaciones interpersonales que permitan el desarrollo de valores de convivencia y de respeto a las diferencias, de aprender a escuchar, a esperar el turno, a hacer y a ser con otros. Los beneficios formativos, desde la socialización y lo académico, son irrefutables en pro de una educación integral que es un derecho fundamental.

La excepcionalidad de este año reafirmó el carácter esencial del aula como espacio de aprendizaje. Es únicamente allí donde los profesores obtienen indicios, a través del lenguaje verbal y corporal, del interés, la comprensión, el manejo y la apropiación tanto de contenidos como de habilidades que los estudiantes van experimentando. Y esta interacción en sincronía no se replica de

la misma forma en el espacio virtual. Aún así era necesario encontrar formas alternativas de garantizar el derecho a la educación de los estudiantes y con esta búsqueda se comprometieron los profesores.

A partir de lo anterior la Inspección decidió invitar a los docentes a compartir sus experiencias durante la suspensión de las clases presenciales, buscando, como dicen Carr y Kemis (1988), habilitar un espacio de reflexión sobre sus prácticas, lo que mejora la comprensión que se tiene de ellas y los contextos en los que se realizan. Nuestro primer objetivo fue generar la instancia para pensar la práctica educativa, los procesos y los resultados, para luego difundir los trabajos al colectivo docente que compartió los mismos desafíos que las habían generado. Y fue así porque estamos convencidas de que cuando los docentes tienen la oportunidad de explorar sus prácticas de aula, identificando los problemas, estableciendo estrategias de acción, poniéndolas en marcha y analizan los efectos que ellas generaron, están en posición de mejorar la acción. Esto también redundaba en beneficio de la autoformación como docentes y colabora con la de los colegas, ya que, parafraseando Stenhouse (1995), solamente el docente puede cambiar al docente. A lo anterior se suma un segundo objetivo: producir conocimiento. Generalmente la vorágine del trabajo hace concentrar todo el esfuerzo y atención en ejecutar las prácticas y no se suele generar el espacio para reflexionar sobre ellas y menos aún para registrarlas. El poder hacerlo construye una memoria que da cuenta de las responsabilidades complejas asumidas. También crea conocimiento, por lo que devenimos en autores, dejando el rol de intermediarios entre la teoría académica y los estudiantes.

Como se planteó en la convocatoria la Inspección de Historia es conocedora y consciente del enorme y dedicado esfuerzo llevado adelante por los colegas de todo el país. En las experiencias recibidas percibimos el trabajo de reflexión que condujo a ellas y el que generó a posteriori. Percibimos también que a pesar de que se trataba de una coyuntura inusual, para la cual se carecía de experiencia previa, y por tanto no se sabía cómo lidiar con ella de antemano, emergió, en general, una sólida voluntad de aprender a abordar las circunstancias planteadas por la emergencia sanitaria. Por último advertimos un conocimiento emanado de los diagnósticos, que con distintos niveles de profundidad, permitieron saber qué escoger para desafiar intelectualmente a los estudiantes, tendiendo puentes con nuestra asignatura y con las habilidades disciplinares seleccionadas para trabajar. Y todo ello es especialmente valioso.

En definitiva, la virtualidad exclusiva generó el problema de la pérdida de la idea de la escuela como otro espacio, tanto para los estudiantes (que al principio perdieron, en muchos casos, la posibilidad de construir redes de socialización en clave de cercanía física), como para los profesores. El invadir el espacio privado del hogar, tanto de los primeros como de los segundos, hizo que el encuentro educativo pasara a ser muy público, lo cual constituyó una novedad a la que ninguno de los involucrados estaba acostumbrado. Puso en evidencia desigualdades preexistentes (por ejemplo en el acceso a la tecnología o en la necesidad de atender a las adecuaciones curriculares puntuales) y en ocasiones las llevó al estatus de brecha. Pero también generó nuevas posibilidades de encuentro con los otros en un momento en que las formas tradicionales fueron obturadas. Y desde ese lugar, fue un recurso válido y muchas veces exclusivo para mantener y sostener el vínculo pedagógico que había sido bruscamente interrumpido. Para los docentes, preocupados por lograr aprendizajes a pesar del contexto y comprometidos con sus estudiantes, brindó la oportunidad de generar nuevas estrategias de acceso al conocimiento. En esta nueva

realidad, la escuela comenzó a pensarse en la medida de espacios de encuentro, como combinación de todos los soportes que permitan llegar a los estudiantes y a los colegas.

Compartir estas experiencias brinda la oportunidad de tomar esta situación como oportunidad de reflexión sobre las prácticas docentes. Es un tiempo de pensar, documentar y probar. La invitación es a continuar en esta línea, pensando y reflexionando sobre qué queremos que siga y considerar así también qué queremos cambiar.

Hay que seguir haciendo escuela, por todos los medios posibles a nuestro alcance, incorporando tecnologías que operen como formas de encuentro y nos habiliten a seguir trabajando en pos de mejores aprendizajes y reafirmando el aula como ámbito idóneo para el proceso de enseñanza – aprendizaje.

Presentamos a continuación una selección de trabajos compartidos por colegas de distintas partes del país. La misma constituye una muestra de la heterogeneidad de los abordajes llevados adelante en grupos de 1er y 2do Ciclo, en turnos diurnos y nocturno. Los mismos plantean las propuestas, los devenires, así como las opiniones y reflexiones de los docentes que las llevaron adelante. A través de ellas también llegan las voces de los estudiantes, las que, respetando la voluntad de los profesores - autores, se han conservado las transcripciones tal y como fueron enviadas.

A modo de cierre esta Inspección quiere agradecer sinceramente a todos los docentes que respondieron a la invitación y volver a felicitar por su compromiso y dedicación.

Prof. Elisa Rodríguez

Prof. Andrea Tempone

Inspección Nacional de Historia

Diciembre 2020